

«UN LIBRO QUE TE CAMBIARÁ LA VIDA.» JOHANN HARI

Ambición moral



Deja de malgastar tu talento
y empieza a cambiar el mundo

Rutger Bregman

PENÍNSULA

Ambición moral

Deja de malgastar tu talento
y empieza a cambiar el mundo

Rutger Bregman

Traducción de Joan Andreano-Weyland

Título original: *Moral Ambition. Stop Wasting Your Talent
and Start Making a Difference*

© Rutger Bregman, 2024

Publicado originalmente en los Países Bajos con el título *Morele ambitie* por
De Correspondent (decorrespondent.nl/en), una plataforma periodística financiada
por sus miembros que da voz a autores independientes.

Únete al movimiento en moralambition.org.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque
sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este
libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa
de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a
CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o
escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de
la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o
de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas
o tecnologías de inteligencia artificial.

Primera edición: octubre de 2025

© de la traducción del inglés Joan Andreano-Weyland, 2025

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2025
Ediciones Península,
Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionespensula@planeta.es
www.edicionespensula.com

REALIZACIÓN PLANETA - fotocomposición
Impresión y encuadernación: Black Print
Depósito legal: B. 16.114-2025
ISBN: 978-84-1100-422-0

Printed in Spain - Impreso en España



Índice

Prólogo: el cerebro más feliz de la Tierra	9
1. No, no estás bien como estás	13
2. Rebaja tu umbral para actuar	37
3. Únete a una secta (o crea la tuya propia)	59
4. Considera ganar como tu imperativo moral . . .	83
5. Aprende a llorar por hojas de cálculo.	113
6. Alístate en una Hogwarts para filántropos. . . .	129
7. Averigua lo que el mundo necesita y haz que ocurra.	151
8. Salva una vida. ¡Ahora, por solo 4.999 dólares! . .	175
9. Amplía tu círculo moral	201
10. Haz que los historiadores del futuro se sientan orgullosos.	229
Epílogo: ¿cómo sabes que estás haciendo suficiente?	259
La Escuela de Ambición Moral	271
Agradecimientos	277
Notas.	279

I

No, no estás bien como estás

Alguna gente puede pasarse la vida subiendo por la escalera del éxito, tan solo para darse cuenta, al llegar a la cima, de que la escalera está apoyada en la pared equivocada.

ALLEN RAINE, escritora (1836-1908)

De todo lo que desperdiciamos en estos tiempos de desperdicio, lo más importante es el talento echado a perder. Hay millones de personas en todo el mundo que podrían contribuir a hacer del mundo un lugar mejor, pero no lo hacen. ¿Cómo es posible? En primer lugar está la razón obvia: no tienen la oportunidad. Al fin y al cabo, la mitad de la población del mundo ha de vivir con menos de siete dólares al día.¹ ¿Cuántos Einstein perdidos hay entre ellos?

Pero en realidad aquí hablo de la gente que ha tenido todas las oportunidades. Aquellos que tienen el poder de moldear sus propias carreras, aunque viendo sus currículos, totalmente anodinos, uno nunca lo diría. Hablo de las personas con talento, con el mundo a sus pies y que, no obstante, se quedan atrapados en trabajos estúpidos, inútiles o directamente dañinos.

Hay un antídoto contra este tipo de desperdicio, y se llama *ambición moral*. La ambición moral es la disposición o el deseo de hacer del mundo un lugar decididamente mejor. Dedicar tu vida laboral a los grandes desafíos de nuestra época, ya sea el cambio climático o la corrupción, las tremendas desigualdades o la próxima pandemia. Es el anhelo de marcar una diferencia... y de dejar un legado que realmente importe.

La ambición moral comienza con una sencilla revelación: solo tenemos una vida. El tiempo que tenemos en este planeta es nuestra posesión más preciada. No puedes comprar más tiempo, y toda hora que hayas gastado se ha ido para siempre. Una carrera a tiempo completo consiste en unas 80.000 horas, o 10.000 días laborables, o 2.000 semanas laborables. Cómo pases ese tiempo es una de las decisiones morales más importantes de tu vida.

Así pues, ¿qué quieres que muestre tu currículum? ¿Una lista respetable, aunque insulsa? ¿O pones el listón más alto? Los individuos moralmente ambiciosos no se mueven con el ganado, sino que creen en una forma de libertad más profunda. La libertad de dejar de lado los estándares convencionales de éxito, de abrir tu propio camino por la senda de la vida, sabiendo que es un viaje que solo se puede hacer una vez.

Aquellas personas que deseen hacer el bien en el mundo actual no tienen que buscar muy lejos. Recuperándonos todavía de una pandemia mundial, vemos los niveles de hambre aumentar por primera vez en años.² Entre tanto la autocracia está en auge, mientras el número de personas obligadas a abandonar sus hogares ha llegado a los 100 millones por primera vez.³ Y mientras las temperaturas rompen récords año tras año, los climatólogos subrayan la necesidad de «la mayor y más fundamental transformación de la sociedad jamás intentada en tiempos de paz».⁴

Resumiendo: nuestro tiempo requiere ambición moral.

Ahora estarás pensando: «Todo eso está muy bien, pero tengo un trabajo a tiempo completo, dos hijos y una hipoteca. Me gusta reciclar y comer tofu de vez en cuando, pero ¿una “transformación fundamental”? No, gracias».

En ese caso, puede que este libro no sea para ti. Seamos sinceros: una vez tienes un golden retriever, un juego de cuchillos para queso o un robot cortacéspedes, no suele haber marcha atrás. Pero si te irrita oír eso —como imagino que te pasa—, bueno, venga, demuéstreme que me equivoco. He aprendido que siempre hay excepciones, y en este libro te quiero mostrar que tú puedes ser una excepción.

Cuando se trata de ambición moral, nunca es demasiado tarde para dar un paso adelante.

2

Comencemos por un sencillo modelo de lo que puedes hacer con tus talentos. Ya sea que tengas toda tu carrera por delante o que busques hacer un cambio, me parece que tienes, a grandes rasgos, cuatro opciones:

	No tan idealista	Idealista
No tanta ambición	I. Trabajo de mierda, independientemente de ser rico	III. Apasionado a tiempo parcial, activista en línea
Ambición	II. Abogado corporativo, asesor, finanzas o tecnología	IV. Ambición moral

TRABAJOS DE CATEGORÍA I: NI MUY AMBICIOSOS, NI MUY IDEALISTAS

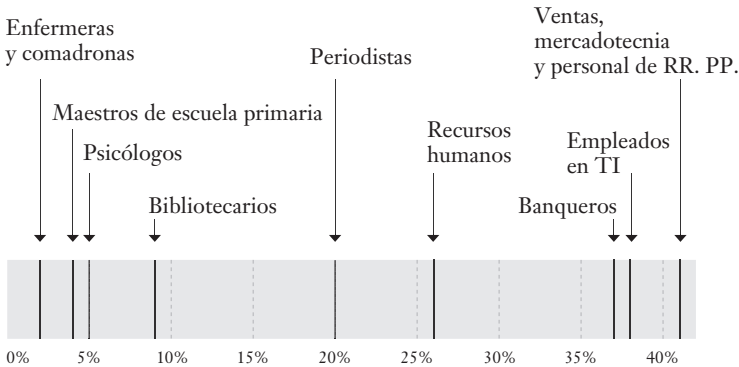
Algunos trabajos sencillamente no aportan mucho valor añadido. Se trata de ocupaciones en las que se elaboran informes que nadie lee, o se gestiona el trabajo de colegas que no necesita ser gestionado. Investigaciones recientes demuestran que cerca de un 8 por ciento de los empleados opina que su trabajo carece de sentido. Otro 17 por ciento confiesa tener dudas acerca de si su trabajo contribuye en algo a la sociedad.⁵

El difunto antropólogo David Graeber (1961-2020) reservaba un término altamente técnico para esos empleos: trabajos de mierda.⁶ ¿De qué trabajos hablamos? Bueno, sabemos cuáles no son esos trabajos. En 2020, al inicio de la pandemia de COVID-19, surgían por todas partes listas de «trabajadores esenciales»: de personal de limpieza a barrenderos, de profesores a bomberos, de chóferes de autobús a enfermeros diplomados. Esa es la gente que hace que el mudo funcione; no necesitan lecciones de ambición moral.

Pero hay también un tipo de trabajos no tan útiles. Una clase compuesta por *influencers* y técnicos de mercado, de miembros de grupos de presión y de gestores, de asesores y de abogados corporativos: el tipo de gente que, si fuera a la huelga, al mundo no le importaría. No deja de ser notable que este grupo incluye a muchos hombres y mujeres con currículos impresionantes y salarios igualmente impresionantes. Me recuerdan a aquel empleado de Facebook que declaró: «Las mejores mentes de mi generación están pensando cómo hacer que la gente haga clic en un anuncio».⁷

¿Quiénes creen que su trabajo es una mierda?

El porcentaje de personas que creen que su trabajo es inútil o que duda de su valor para la sociedad, por ocupación



Fuente: Dur y Van Lent (2019)

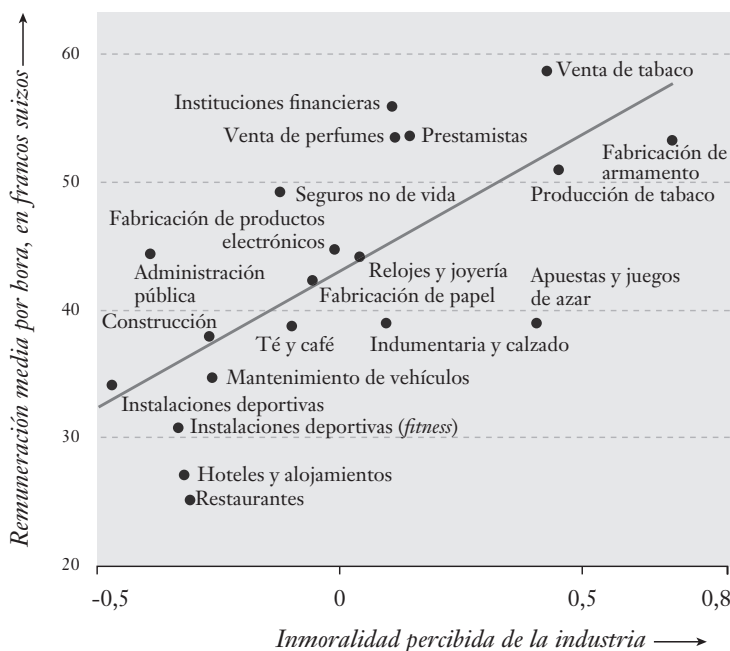
Pero puede ser peor. Algunos trabajos son directamente dañinos, y caen dentro de lo que se llama a veces «industrias pecaminosas». Aquí hallamos contables que ayudan a los ricos a eludir impuestos, mercadotécnicos vendiendo fármacos adictivos, *brokers* intentando colocar productos financieros dudosos y cualquiera que trabaje para la industria de las apuestas o del tabaco.

A menudo estos trabajos reciben una mano de pintura de relaciones públicas. Por ejemplo, la gigante tabaquera Philip Morris asegura estar trabajando hacia «un futuro sin tabaco». Pero no nos engañemos: estamos hablando de personas a las que se les paga por hacer daño al resto de la sociedad.

A menos que los acorralen, muchos de estos empleados no aceptarán que tienen un trabajo inútil o incluso dañino. No es exactamente el tipo de cosas de las que uno habla en una fiesta («Sí, estoy en el negocio de las adicciones, ¿y tú?»).

Puede que sea esa la razón por la que tales puestos están tan bien remunerados. Uno quiere una compensación por tener que admitir que realiza ese tipo de trabajo. En realidad hay una sorprendente correlación entre la escala de remuneración, en una determinada industria, y cuán moral o inmoral creemos que es.⁸ Veamos, por ejemplo, este gráfico procedente de un estudio suizo:

¿A mayor salario, más inmoral es el trabajo?



Fuente: Schneider, Brun y Weber (2020)

Hay una escotilla de escape para algunas de las personas que se encuentran en esta categoría de «ni tan ambicioso, ni tan idealista»: hacerse económicamente independientes. Incontables libros de autoayuda explican cómo

hacerse rico con el mínimo esfuerzo, de manera que uno pueda salir lo antes posible de la rueda, y luego relajarse y descansar. Hoy en día hay montones de personas de veintipocos y treinta y pocos años que sueñan con acumular «ingresos pasivos»: rentas inmobiliarias, por acciones o por criptomonedas, de modo que puedan «ganar» lo suficiente como para retirarse pronto.⁹

No tengo nada en contra de tener algún ahorro y algunas inversiones, por supuesto. Pero en lo esencial, este tipo de pensamiento siempre me parece un poco triste. Implica que buscas un tipo de libertad en el que no tengas que mover un dedo. El sueño es hacer la transición de siervo de oficina a persona independiente de tal modo que puedas delegar el trabajo pesado y no tener que contribuir a la sociedad.

TRABAJOS DE CATEGORÍA 2: AMBICIOSOS, PERO NO MUY IDEALISTAS

La segunda categoría de talento desperdiciado consiste en el trabajo de personas ambiciosas pero no muy idealistas. Dicho de otra manera, esta gente quiere llegar a la cima, pero tiene indicadores de éxito carentes de alma: un título bonito, un buen salario, una gran oficina u otras ventajas.

Tomemos por ejemplo graduados de las universidades más prestigiosas. Un 45 por ciento de los alumnos de Harvard acaban en finanzas o asesorías.¹⁰ Una encuesta realizada años atrás en mi nación, los Países Bajos, muestra que un 40 por ciento de los «triunfadores» (los estudiantes universitarios con mejores calificaciones) aspiran a trabajar en grandes firmas de asesoría como McKinsey o el Boston Consulting Group.¹¹

Estamos hablando, aquí, de un colosal desperdicio de talento. El economista Benjamin Lockwood, que estudió en Amherst, la universidad de élite de Massachusetts, se dio cuenta de que muchos de sus compañeros acabaron en campos sin una clara aportación a la sociedad.¹² Y en 2017, Lockwood y dos colegas publicaron un rompedor estudio que mostraba que muchos de esos antiguos compañeros ahora costaban dinero a la sociedad: pensemos, por ejemplo, en ejecutivos bancarios que precisaron rescates con dinero público.¹³

Un abogado corporativo, por ejemplo, cuesta unos 30.000 dólares por año a la sociedad, y un banquero comercial, más de 100.000.¹⁴ Es mucho dinero, pero si se le plantea, Lockwood responde que los costes en oportunidades son mucho mayores. Se trata de jerga económica que significa: piensa cuánto mejor estaría nuestro mundo si esa gente tan brillante hubiera hecho algo útil con sus vidas.¹⁵

Pongamos por ejemplo a los asesores. La mayoría de los asesores ciertamente contribuyen a la sociedad, pero (esto es crucial) mucho menos de lo que podrían. Ayudan a que una organización tenga un mejor flujo de trabajo, o políticas de recursos humanos más claras, o van informando a una compañía tras otra acerca de una nueva legislación. El trabajo está bien y no hace daño a nadie. Pero pensemos en esto: en el mejor caso, estas personas con tanto talento ayudan a otras a ser más productivas. Se preocupan de que las cosas funcionen mejor; rara vez ponen nada en marcha. No crean nuevas organizaciones, no innovan, y por norma general no se preocupan por los desafíos más importantes a los que nos enfrentamos.

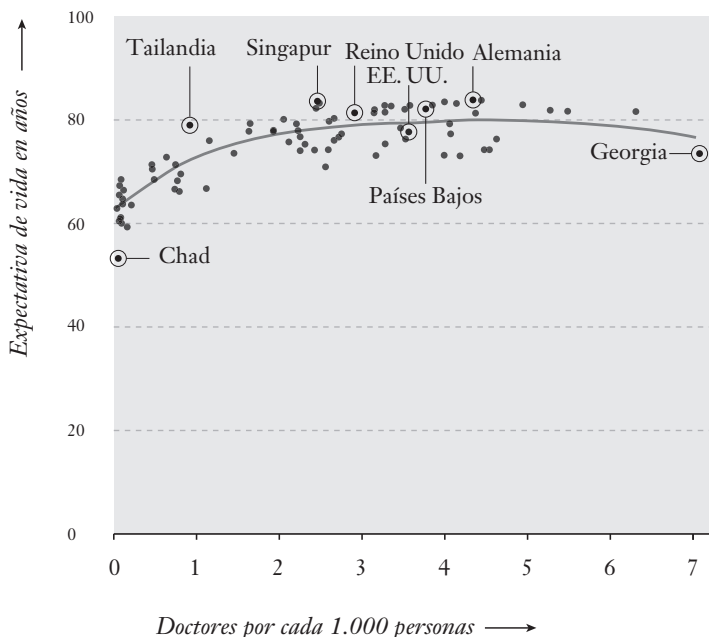
Si escoges esta senda profesional tendrás un buen salario. Si estás entre los mejores de tu campo, podrás permi-

tirte ir a esquiar de modo regular, o comprarte esa casa en la playa con la que siempre has soñado. Pero ¿realmente eso es todo lo que esperas de la vida? Tiene que haber algo más. Muchos jóvenes asesores, según un reportaje del *Financial Times* de hace unos años, «sienten que aportan poco valor añadido al mundo, y no tienen sensación de crecimiento personal, comunidad y propósito». ¹⁶

Se perciben frustraciones similares incluso entre doctores, profesionales que solemos considerar esenciales. Hoy en día nuestros mejores médicos son capaces de hacer cada vez más por ayudar a cada vez menos pacientes. Tenemos brillantes cardiólogos que ya no tienen que realizar agresivas operaciones a corazón abierto, sino que pueden sustituir una válvula cardíaca dañada a través de una diminuta incisión en la ingle del paciente. Fantástico, ¿no es cierto? Pero en la práctica, estas operaciones de alto coste se suelen realizar a pacientes ricos, con un buen seguro médico, de más de ochenta años, en un intento de prolongar su vida unos años más. Es más: estudios a escala internacional demuestran que hasta un tercio de las intervenciones médicas (no solo operaciones, sino pruebas, recetas, de todo) resultan ser innecesarias o incluso dañinas. ¹⁷

Más doctores ≠ vidas más largas

Expectativa de vida vs. médicos por cada 1.000 habitantes



Fuente: Banco Mundial (2019)

Las cosas no son mucho mejores entre los emprendedores. Hace poco hojeaba una lista de *startups* exitosas y detecté algunas iniciativas inspiradas: una compañía que trabajaba en carne cultivada en laboratorio, otra que estaba construyendo un coche movido por energía solar o una organización que desarrollaba un spray nasal que protegía contra virus. Todo ello muy prometedor.¹⁸

Pero mucho más a menudo nos ofrecen soluciones a problemas que ni sabíamos que teníamos. Pongamos por ejemplo la categoría «mejores jóvenes emprendedores», en la que encontré la suscripción a cabezales para cepillos de

dientes eléctricos.¹⁹ ¿Qué tal, si no, la siguiente aplicación para invertir, o la próxima gran web de venta de moda? O tal vez la enésima aplicación de comida a domicilio, un servicio personalizado de vitaminas o aquella *startup* de colchones que parecía publicitarse en todos los *podcasts* de mi muro tiempo atrás («un colchón es el producto más aburrido que uno pueda imaginarse», según sus fundadores).²⁰

No tengo nada contra los colchones, y renovar el cabezal de mi cepillo de dientes cada dos meses me parece bastante práctico, para ser sincero. Pero tenemos que preguntarnos lo que los fundadores de esas compañías habrían logrado si se hubieran enfrentado a un desafío como, no sé, los 5,4 millones de niños que mueren cada año por enfermedades que podemos prevenir fácilmente. ¡Fácilmente!²¹

¿Y si pusieran su talento al servicio de algo que realmente importara?

TRABAJOS DE CATEGORÍA 3: IDEALISTAS, PERO NO MUY AMBICIOSOS

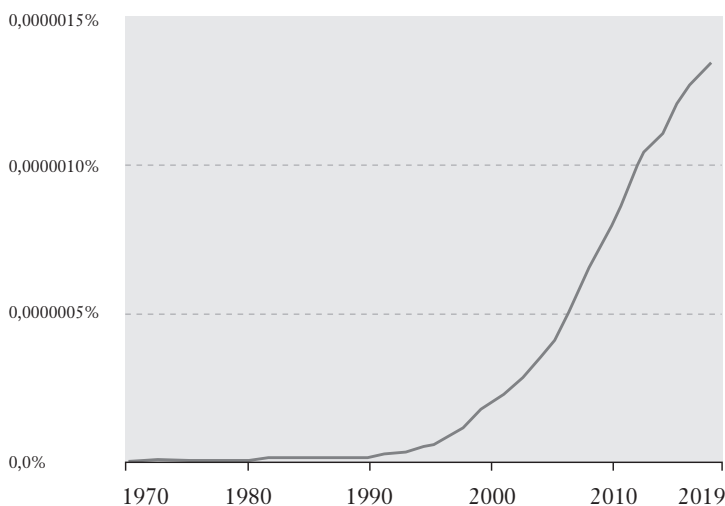
Después tenemos una tercera categoría, compuesta por personas que son idealistas, pero no ambiciosas. Es una combinación que vemos a menudo en miembros de la Generación Z, es decir, nacidos a partir de 1996.

Una encuesta tras otra muestran que los adolescentes y veinteañeros componen la generación más progresista de la historia.²² Eso es una noticia magnífica. La mayoría de los jóvenes son más idealistas que sus padres, y se centran en algunos de los desafíos más candentes de hoy en día, sea el cambio climático, el racismo, el acoso sexual o la desigualdad.

Pero hay algo que no cuadra. Lo ves en la elección de carreras de los jóvenes: carentes de ningún interés en sumarse a la carrera de ratas capitalista, muchos de ellos quieren trabajos por los que sientan pasión y sean preferentemente a tiempo parcial.²³

A veces parece que «ambición» se ha convertido en una palabrota, incompatible con un estilo de vida idealista. A mucha gente le preocupa más el tipo de trabajo que hace que el impacto que ese trabajo tiene. Siempre y cuando siente bien hacerlo. «Lo pequeño es bello», les oirás decir. O «piensa en global, actúa en local»... como si conseguir poco fuera, de algún modo, una virtud.

La frase «sigue tu pasión» en libros publicados entre 1970 y 2020



Fuente: Google Ngram

Uno pensaría que en algunos círculos el bien máspreciado es no conseguir nada en absoluto. En esos casos, una

buena vida se define por lo que uno no hace. No vuelles. No comas carne. No tengas hijos. Y hagas lo que hagas, ni se te ocurra usar una pajita de plástico. ¡Reduce! ¡Reduce! ¡Reduce! El objetivo es dejar la menor huella posible, con tu pequeño huerto y tu casita diminuta. ¿En el mejor de los casos? Tu impacto sobre el planeta es tan irrelevante que bien podrías no haber existido.

No me malinterpretes: es buena idea alinear incluso la más diminuta de tus acciones con tus valores más importantes, y no comer carne de granjas industriales me parecería un mínimo moral. Pero una buena vida ha de consistir en algo más que en lo que uno no hace, ¿no es cierto? Sería de esperar que en el lecho de muerte pudiéramos resumir nuestra vida en algo más que meramente el daño que no hemos hecho.

Desde esta perspectiva, incluso el movimiento más moralista de nuestra época exhibe una grave carencia de ambición. Hablo de esos a los que llaman *woke*. Aunque a menudo los acusan de ir demasiado lejos, los activistas *woke* muy a menudo se quedan cortos. Tomemos por ejemplo la preocupación por las palabras con las que describir el mundo. Sí, las palabras importan, y hasta cierto punto incluso dan forma a nuestra realidad. Pero al cabo, lo que uno hace importa mucho más.

Si examinamos los éxitos concretos de estos activistas, se nos antojan más bien escasos. Ciertamente, en la actualidad puedes llegar a millones de personas con una diatriba en línea contra el machismo, el racismo o el capitalismo. ¡Abajo el patriarcado! ¡Recortad la policía! ¡Que los ricos paguen impuestos! Tener muchos seguidores en Instagram no es lo mismo que construir una organización eficaz. Hacerse viral no es lo mismo que obtener mayoría en una legislatura. A veces la protesta moderna parece poco más que un mon-

tón de clics y «me gusta», con la esperanza de que alguien más importante tome nota.²⁴

«Lo que la gente no comprende», escribe Patrisse Khan-Cullors, fundadora de Black Lives Matter, «es que organizarse no es meterse en Internet a insultar a personas, o ir a una protesta a denunciar algo».²⁵ Para que se produzcan cambios reales se necesita mucho más. ¿Cómo se construye una coalición? ¿Cómo se presiona con eficacia? ¿De dónde procede el dinero? ¿Quién desempeña un papel crucial en esa comisión a escala local, estatal o nacional? ¿Cómo saber qué botones presionar, y cuándo hacerlo? ¿Y quién sabe cómo retorcer las leyes de modos inteligentes a su favor?

El problema con los idealistas poco ambiciosos es que tienden a priorizar la toma de conciencia por encima de la acción. Sus palabras e intenciones toman preferencia por encima de actos y consecuencias, y aquello que realmente «es» queda eclipsado por «cómo hace sentir». Pero aquí está la cuestión: la conciencia, sin más, no ayuda a nadie. Tomar conciencia de las cosas no pone comida en la mesa. Tomar conciencia de las cosas no paga un techo. Tomar conciencia de las cosas no enfriará el planeta, ni hallará refugio para 100 millones de refugiados, ni supondrá ninguna diferencia para los 100.000 millones de animales en granjas industriales de todo el mundo.²⁶

Tomar conciencia es, en el mejor de los casos, un punto de partida, mientras que para muchos activistas parece haberse convertido en un objetivo.

TRABAJOS DE CATEGORÍA 4: IDEALISTAS Y AMBICIOSOS

¿Hay otro camino? Imaginemos que tomamos el anhelo de una persona muy ambiciosa y de talento, y le añadimos una generosa ración de idealismo. ¿Qué obtendremos?

Dejadme que os presente a mi héroe personal, alguien al que volveremos a lo largo de este libro, el autor y activista Thomas Clarkson. En 1785, con 24 años, siendo estudiante universitario, Clarkson decidió participar con un ensayo escrito en latín en un concurso de la Universidad de Cambridge. Para hacerlo había que responder una corta pregunta: *Anne liceat invitos in servitutem dare?*

Es decir: ¿es correcto someter por la fuerza a otros a esclavitud?

En aquella época, ganar un concurso de ensayo en latín era el modo de labrarse un nombre en la universidad. «No tenía más motivación que la de otros tantos jóvenes universitarios en tales ocasiones», recordaría más tarde Clarkson, «es decir: el deseo de distinción, o de honores literarios».²⁷

Solo había un problema: Clarkson no sabía nada acerca de la esclavitud.

Los estudiantes tenían dos meses para poner negro sobre blanco sus ideas, y aunque la mayoría solo comenzó a sentir la presión cuando la fecha límite era inminente, Clarkson era diferente. Se puso de inmediato manos a la obra.

Al audaz estudiante le encantaban los desafíos intelectuales, y pensó que disfrutaría del proceso de investigación. Pero los hechos lo conmovieron. «De día me sentía inquieto. Por la noche descansaba poco. A veces el dolor era tan intenso que no conseguía cerrar los párpados.» Clark-

son mantenía una vela encendida cerca de la cama por si se le ocurría algo por la noche, porque creía que «ningún argumento de ninguna clase debía perderse en una causa tan noble».²⁸

Unas cuantas semanas de intenso trabajo después, el ensayo estaba finalizado. En poderosa prosa, Clarkson concluía que la esclavitud era «contraria a la razón, a la justicia, a la naturaleza, a los principios del Derecho y de gobierno [...] y a la revelada voz de Dios».²⁹ Y, como imagináis, obtuvo el primer puesto. Le invitaron a presentar el ensayo ganador en la majestuosa Casa del Senado de la Universidad de Cambridge. Allí se plantó, un joven de elevada estatura, cabello desordenado y ojos de fiero brillo. Todo parecía indicar que Thomas Clarkson tenía una gloriosa carrera por delante.

Pero de regreso a Londres no conseguía sacarse de la cabeza el tema de su ensayo. Desmontó de su caballo y se puso a caminar, distraído. Intentó convencerse de que había cometido algún error, de que hechos tan siniestros no podían ser verdad. Pero cuanto más pensaba en ello, más seriamente se asentaban en su conciencia aquellos. Cuando apareció ante él la pequeña aldea de Wade's Mill se detuvo y se sentó, lúgubre, en un margen del camino. «Allí me vino a la mente la idea», escribiría más tarde, «de que, si el contenido de mi ensayo era cierto, iba siendo hora de que alguien procurase acabar con tales calamidades».³⁰

Si el fin del tráfico de esclavos comenzó en algún lugar, fue allí, a un lado de la carretera, junto a Wade's Mill, en el verano de 1785.³¹

Evidentemente había habido otros que habían protestado contra las más abyectas formas de esclavitud. Y ciertamente

la historia está llena de actos de resistencia por parte de las personas esclavizadas, que una y otra vez intentaron librarse de sus cadenas.³² Pero lo cierto es que, durante siglos, las víctimas del sistema no consiguieron derrocarlo. La noción misma de abolicionismo, la idea de que la institución misma de la esclavitud podía abolirse definitivamente, pareció impensable durante mucho tiempo.

Y por ello Clarkson creyó que estaba solo en su ambición. En los meses posteriores a su revelación vagabundó a menudo, confuso. «Me adentraba a menudo en los bosques para pensar en el tema en soledad, y para aliviar la mente. Pero la pregunta persistía: “¿Son ciertas todas estas cosas?”. Y la respuesta era invariablemente: “Lo son”. De lo que se seguía el mismo resultado: “Entonces, alguien debería impedirlo”.»³³

El joven inglés tenía pocos contactos, pero se le ocurrió que podía traducir su ensayo del latín al inglés. Acudió a un impresor de Londres que se mostró interesado en publicarlo «para personas de buen gusto», pero a Clarkson ya no le interesaba la fama literaria en círculos elitistas. Quería que su ensayo llegase a la mayor cantidad de personas posible.

Decepcionado, abandonó la imprenta y se dio de bruces con un viejo amigo de la familia. Detalle crucial: su familia pertenecía a la Sociedad Religiosa de los Amigos, los llamados cuáqueros. Clarkson no sabía que esta iglesia en particular había estado haciendo campaña contra la esclavitud durante bastante tiempo. Y tampoco sabía que ellos llevaban bastante tiempo siguiéndole la pista.

El cuáquero lo llevó a una pequeña librería e imprenta situada en el corazón de Londres. Aquel día, Clarkson descubrió que no estaba solo, ni mucho menos. Londres poseía ya una naciente red de abolicionistas.³⁴ Una tarde, en

una comida con sus nuevos amigos, el joven tomó una decisión. Sabía que alguien debía dedicar su vida a luchar contra la esclavitud, de modo que se levantó y anunció: «Estoy dispuesto a dedicar mi vida a la causa».³⁵

Esto puede sonar un poco melodramático. Y si uno lee sus memorias, hoy en día, no puede evitar pensar: «Tranquilo, Clarkson, no te enamores tanto de ti mismo». Pero no nos engañemos, el idealismo trae consigo, a menudo, una dosis de vanidad. En muchos casos de salvadores del mundo se hace difícil saber dónde acaba el idealismo y comienza la vanidad. Es más: si Clarkson hubiera sido menos seguro de sí mismo; si no se hubiese visto a sí mismo como un héroe capaz de hacer historia, ¿habría dedicado su vida al abolicionismo? No es muy probable.³⁶

Más tarde Clarkson escribiría que había renunciado, obediente, a sus ambiciones mundanas para seguir el camino que Dios había diseñado para él. Siempre esa falsa modestia. Clarkson era, ciertamente, sincero con respecto a la empatía hacia los sufrimientos de las personas esclavizadas, pero no había perdido de repente toda su ambición. Lejos de ello. Sencillamente había cambiado sus sueños literarios por algo mucho, mucho más grande, pues ¿qué podía ser más trascendental que luchar por acabar con la esclavitud?³⁷

Los actos en el mundo real son más importantes que las intenciones, y cuando fue el momento, el ambicioso estudiante universitario mantuvo su palabra. Durante el resto de su vida (sesenta y un años más) Clarkson siguió luchando por sus ideales. Acabó siendo uno de los reformadores más importantes de su época. Lo que el apóstol Pablo fue para el cristianismo, lo que Martín Lutero fue para la Reforma, es lo que fue Thomas Clarkson para el abolicionismo. «Una locomotora moral», lo llamó un coetáneo; «un gigante con una idea».³⁸

3

En este libro me gustaría presentarte a algunos de los Thomas Clarkson de nuestro tiempo: todo un desfile de activistas y emprendedores, doctores y abogados, ingenieros e innovadores, todos rebosantes de ambición moral.

Lo que tienen en común es que son reacios a ver sus propios actos como meras gotas en el océano. Creen que pueden marcar una diferencia y están dispuestos a asumir riesgos para conseguirlo. No se limitan a pensar «alguien debería hacer algo al respecto», sino que ellos mismos se ponen en acción.

Otra cosa que muchas de estas personas también comparten es cierto grado de privilegio. No todo el mundo puede dedicar su vida a los mayores problemas del mundo. Thomas Clarkson nunca habría podido ser un abolicionista a tiempo completo sin la herencia que le dejó su padre. Elizabeth Cady Stanton (1815-1902) tampoco se habría convertido en una importante activista por los derechos de la mujer sin la educación que le pagaron sus ricos padres.

Pero no quiero generalizar. Las personas que sufren pobreza, enfermedades, racismo y machismo también pueden mover montañas. Helen Keller (1880-1968) era ciega y sorda, y se convirtió en una legendaria activista a favor de las personas con discapacidades. Malcolm X (1925-1945) creció en medio de la pobreza profunda y se convirtió en un famoso líder en la lucha por los derechos civiles.

Ciertamente, la gente con ambición moral a menudo paga un precio por sus ideales. Malcolm X pagó con su vida. E incluso en el caso de aquellos bendecidos con largas vidas, la ambición moral se cobra su precio. Thomas Clarkson viajó 56.000 kilómetros en un periodo de siete años (a caballo, y a menudo de noche) para llevar sus panfletos y

peticiones a la gente. A los treinta y tres años sufrió una crisis nerviosa, lo que hoy llamamos síndrome de *burnout*. Un año tras otro llenaba su cabeza con los horrores de la esclavitud, en hechos, cifras y brutales imágenes. «A menudo sufro mareos y calambres», escribió Clarkson en su diario. «Tengo un desagradable zumbido en el oído, y las manos me tiemblan a menudo. Me sobrevienen escalofríos de modo repentino.»³⁹

¿Qué habría pasado si hubieran puesto a este tipo en un escáner de IRM, como hicieron con el monje budista? Con toda probabilidad habría exhibido las ondas gamma más lamentables de la historia. Porque este hombre tenía que tener una materia gris terrible. El lateral izquierdo de su córtex prefrontal no reflejaba la menor chispa de alegría, mientras que el derecho zumbaba de energía negativa. Imaginémoslo el titular: «¡EXTRA! ¡EXTRA! ¡HEMOS ENCONTRADO AL HOMBRE MENOS FELIZ DE LA TIERRA! Su nivel de control mental es ínfimo, y los impulsos negativos de su cerebro se salen de todas las gráficas».

De modo que no, Clarkson no era un hombre sereno, y tal vez debería haber realizado ejercicios de respiración. O haber bajado un poco el ritmo. No beneficia a nadie que las personas que intentan hacer del mundo un lugar mejor caigan reventadas a los treinta y tres años, y que los tengan que sacar del campo de juego en camilla a medio partido. Pero al menos no sufrió *burnout* por tener que lidiar con inacabables hojas de cálculo o con la enésima presentación en PowerPoint. «Me vi obligado, con gran pesar», escribió en sus memorias, «a alejarme del campo en el que había situado el gran honor y mayor gloria de mi vida».⁴⁰

De modo que pregúntate: ¿cuál es el «gran honor y mayor gloria» de tu vida? ¿Qué esperas ver el día que mires hacia atrás? «A una persona de honor no le preocupa, en primer lugar, ser respetada, sino ser digna de respeto», escribió el filósofo Kwame Anthony Appiah.⁴¹ Tu honor no es lo mismo que tu reputación. No se trata de dar buena imagen; se trata de hacer el bien.

Una cosa es segura: si quieres llevar una vida moralmente ambiciosa, no hay mejor momento que el presente. El miedo al cambio es a menudo el primer síntoma de envejecimiento, y antes de darse uno cuenta tiene puestas unas esposas de oro: está atrapado en un trabajo mediocre, sin tiempo libre y con todo el dinero reservado para cosas como esa suscripción a cabezales para cepillos de dientes eléctricos.

Pero da el salto y las posibilidades son inmensas. Dado que tantos otros desperdician sus talentos, las personas con ambición moral pueden marcar un mundo de diferencia.